



Joan Rué (2009). *El aprendizaje autónomo en educación superior*. Madrid: Narcea. Col. Universitaria, 270 págs. ISBN: 978-84-277-1632-2.

Son ya muchos los informes, los congresos científicos, las publicaciones, etc. que durante las últimas décadas se han centrado en delimitar y clarificar la misión y visión de la universidad en la emergente sociedad de la información y del conocimiento. Muchos los que determinan la transformación radical que debe acometer esta institución, tanto por la caducidad de la propia información, como por la necesidad de la educación a lo largo de la vida. Como

primer elemento de cambio, esta institución amplió su ámbito de intervención, por lo que, a partir de finales del siglo pasado, considera que su milenaria denominación como universidad es algo reduccionista, por lo que debe pasar a ser reconocida como educación superior, al entrar a formar parte de ella todas aquellas instituciones de formación de grado superior (nivel de referencia europeo 6, 7 y 8 de los Descriptores de Dublín).

271

Ya en un segundo lugar, destaca el cambio del centro de decisión de estas mismas universidades. Si antes eran ellas mismas las que decidían, bajo criterios académicos, qué se estudiaría en sus aulas, cómo se debía enseñar, quiénes accedían a cada titulación, ahora serán las demandas sociales las que plantearán los intereses de conocimiento de cada momento, a partir de los cuales se concretarán las ofertas formativas. A la vez, es la misma sociedad la que está reclamando una educación a lo largo de la vida para todos y todas, lo que conlleva la apertura de sus aulas, junto con la necesaria y estrecha interacción de estas instituciones con la sociedad, en todos sus órdenes.

Este nuevo espacio de educación superior abre nuevas perspectivas de innovación relativas a la nueva idea que se genera sobre el conocimiento; a las nuevas demandas y a su mayor diversificación en contenidos, tiempos, enfoques, etc. y a la exigencia de especialización. A la vez que se ve condicionada por el incremento tanto en cantidad como en diversidad de las personas que acceden a unos estudios superiores.

Todo esto nos indica que los rasgos del modelo universitario «[...] hasta ahora conocido han entrado en un proceso de severa transformación, del cual saldrán modelos nuevos de instituciones superiores, en el sentido de distintas a las conocidas hasta época muy reciente. En otras palabras, tenemos suficientes indicadores que vaticinan un cambio para la Universidad, el cual llevará a establecer otras relaciones y renovadas dinámicas entre universidad y sociedad» (p. 21).

De entre todas las transformaciones que se están exigiendo a las instituciones de educación superior destaca una por su especial implicación no sólo en la actuación docente, sino también en la configuración del nuevo enfoque de lo que supone la formación. Nos referimos, en concreto, al aprendizaje, punto clave sobre el que ha girado siempre toda formación, pero que en este momento ha sabido presentar su indudable papel en el proceso de innovación en el que está inmersa las nuevas instituciones de educación superior. Rué apunta que «el hecho de *aprender* supone, en sí mismo, un cambio cualitativo en las personas, en su modo de contemplar la realidad, en experimentarla, en su comprensión, en el modo cómo los sujetos conceptualizan la realidad [...]» (p. 33). Por ello, resulta lógico que al centrar la misión de toda institución de educación superior en el aprendizaje de sus estudiantes, ésta apunte necesariamente al diseño de sus prácticas formativas basadas en la participación de toda la comunidad universitaria. Y, de forma especial, se diseñe una formación basada en la acción del estudiante, ya que «todo aprendiz necesita herramientas para comprender [...], pero sobre todo necesita comprender y hacerlo en relación al hecho de actuar, [...] lo cual requiere saber seleccionar, comprender fenómenos en sus contextos y anticipar de algún modo los resultados de su actuación. Y ello no puede hacerse si no se ha aprendido de manera reiterada a “dar sentido”, si no se ha aprendido a comprender de manera más profunda la realidad, con la complejidad de sus opciones, de sus relaciones e interrelaciones» (p. 35).

Esta propuesta de aprendizaje se ve dirigida a promover un pensamiento crítico e independiente, a saber gestionar la información y los recursos donde obtenerla, a saber gestionar los espacios y los tiempos, a saber interaccionar diferentes capacidades cognitivas. En definitiva, aprender a gestionar un aprendizaje autónomo. Ahora bien, «¿la enseñanza caracterizada como “superior” se define simplemente en función del *locus* en el que se da, o bien lo es porque se desarrolla en función de una determinada orientación del acto educativo y de unas formas de actuar congruentes con aquella dimensión de la acción superior [...]?» (p. 44). Esta pregunta será la clave de este libro y, en torno a su respuesta,

girarán los siguientes capítulos. El autor ha sabido centrar perfectamente el problema actual de las instituciones de educación superior, y cómo recuperar su razón de ser a través de la formación para y en un aprendizaje autónomo de sus estudiantes, que supondrá a los docentes dejar de ser los actores protagonistas de esta actividad, abriendo un proceso de interacción con los estudiantes basado en el reto, la acción y la reflexión. Esto nos lleva a que «[...] toda acción docente que pretenda promover experiencias formativas en las que predomine la reflexión entre los alumnos, que promuevan la elaboración propia del conocimiento, a partir de los contenidos proporcionados, deberán cuidar no sólo el tipo de propuestas a realizar, sino también los tiempos y modos en la presentación de las actividades, seguir el proceso de su desarrollo y cuidar los criterios de su evaluación, atendiendo a que todos los pasos en este proceso proporcionen la necesaria autonomía en el aprendizaje y la fortalezcan» (p. 105). No se trata de que el docente disminuya su papel o que se ausente del proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que diseñe su actividad de tal manera que enseñe a sus alumnos en un mayor dominio de los recursos con los que cuenta, que les enseñe a desarrollar un aprendizaje autorregulado.

Pero, ¿cómo lograr un aprendizaje autónomo en nuestras aulas? A responder este interrogante Rué dedica los tres últimos capítulos de este libro. Si en los primeros ha justificado la necesidad de diseñar espacios de interacción que generen aprendizajes autónomos en los nuevos escenarios de educación superior, en los últimos propone diferentes estrategias para llevar a cabo una enseñanza basada en este tipo de aprendizaje. Así, modalidades de planificación, de gestión, de apoyo al proceso de aprendizaje y de evaluación deben estar claramente explicitados en todo diseño formativo. Y estos diseños se desarrollan principalmente dentro del aula, por lo que dependiendo de cómo perciben los aprendizajes que deben llevar a cabo, el estudiante desarrollará un determinado compromiso con él. «En este sentido, las aulas configuran espacios privilegiados para potenciar la autonomía del alumno, un aspecto descuidado, en buena medida, por la fuerte influencia que ejercen las preconcepciones examinadas de las representaciones de los profesores sobre su propia actuación docente» (p. 158), que llegan incluso a anular la autonomía de los estudiantes. O también debido al propio estudiante, dada la inseguridad, la sensación de mayor responsabilidad o complejidad de las situaciones que se desprenden de muchas de las propuestas de aprendizaje autónomo. «Por ello se argumenta sobre la necesidad de contar con diversos recursos, profesionales y materiales,

en los distintos contextos de aprendizaje, para que los alumnos puedan acceder a un mayor compromiso con aquello que se les proponen y hacen. La tesis en la que se sustenta este compromiso potencial es la de que los recursos que aquí se proponen se orientan hacia el fortalecimiento del alumno en tanto que persona en crecimiento y en tanto que aprendiz en un ámbito determinado del conocimiento. Conocer mejor a los estudiantes, conocerse éstos mejor a través de sus propias realizaciones, redundan en la calidad de lo que realizan» (pp. 223-224). En definitiva, todos los recursos y herramientas que el autor expone a lo largo de estas páginas se dirigen al logro de la formación de cada estudiante impulsándole hacia cotas de logro superiores a las que habitualmente les facilitamos en nuestras aulas universitarias.

He aquí el valor de esta obra en estos momentos en los que muchos docentes no saben bien cómo lograr realmente el cambio de perspectiva de la enseñanza al aprendizaje en su diseño formativo. Rué aporta una justificación del por qué de este cambio en la tarea docente en la que alega ideas sumamente valiosas que no dejará indiferente a ningún lector. Gracias a sus propuestas concretas, podremos revisar nuestras prácticas para reflexionar si a partir de ellas estamos realmente formando o sencillamente enseñando unos contenidos de un programa determinado. Porque, en definitiva, lo que deberíamos lograr es que cada estudiante egresado de las aulas universitarias hubiera «[...] adquirido una idea clara acerca de su propio proceso de aprendizaje, así como de sus puntos fuertes y de sus debilidades. Y sobre cómo mejorarlas» (p. 81). Y este es, sin duda, una de las finalidades de la educación superior la clave para que cada uno de los egresados sepan afrontar su futuro con compromiso y con garantías de éxito.

Marta Ruiz Corbella  
*Facultad de Educación, UNED (España)*